



LA BÚSQUEDA DEL YO INTERIOR EN EL CAMINO HACIA LA PERFECCIÓN PRESIDE LA ÚLTIMA NOVELA DE PABLO D'ORS

DEJAR HABLAR AL VIENTO

EL AMIGO DEL DESIERTO

PABLO D'ORS

ANAGRAMA, BARCELONA, 2009
137 PÁGINAS, 14,50 EUROS

JUAN ÁNGEL JURISTO

Reconozco cierta debilidad por la obra de Pablo d'Ors. Y creo que esa debilidad no se produce porque posea especial fervor por los temas que cultiva, que también, ni por el modo sutil, placentero y vivaz que tiene de ejercer cierta fascinación hacia el lector que sabe de lo que se trata en sus narraciones hasta el punto de hacerle cómplice a fuerza de mantener cierta distancia, una distancia que muchos creen brechtiana pero que hunde sus raíces en nuestros orígenes literarios, por ejemplo en la tragedia griega. No. La cosa es más seria.

Creo que este autor es uno de los escritores españoles actuales cuya significación, y propósito literario, es trascender ciertas fronteras, desde luego las nacionales, hasta el punto de constituirse en un escritor del mundo; creo, también, que tiene armas, no sólo las de su deuda con

EL LIBRO ROZA CIERTA SENSIBILIDAD ZEN, PERO SE MUEVE, FINALMENTE, HACIA LA CONSTITUCIÓN DE UNA METÁFORA SOBRE LA CREACIÓN LITERARIA MISMA

la estética y el modo de concebir el mundo centroeuropeos, para llegar a cumplir ese propósito y, lo que es más importante, talento para llevarlo a cabo. Su literatura, desde luego, no hunde sus raíces en nuestra tradición, por lo menos en la más aparente, sí en la más oculta, pero es que su deuda, si es que pueda denominársela así, se muestra un tanto baladí a la hora de juzgar su excelencia.

ATMÓSFERA ÚNICA. Esta novela, por ejemplo, sugiere cierta publicidad que sigue la estela del *Siddhartha*, de Hermann Hesse, o *Los ojos del hermano eterno*, de Stefan Zweig, nada más lejos de ello, desde luego, al igual que si surgiera el nombre de Bolaño, así se ha repetido entre algunos de manera extravagante. La obra, sencillamente, se mantiene por sí misma y si hubiera que buscar algún antecedente, esa manía de los críticos, pues me inclinaría más por San Agustín, que, inaugura dentro de nuestra tradición occidental, una literatura que vale por todo un mundo, la de la búsqueda del yo

interior, distinta a la de la tradición misteriosa y gnóstica. No hay más... salvo centenas de obras chinas, japoneses, hindúes, que tratan de lo mismo, es decir, de un camino hacia la perfección moral y espiritual y de la descripción de esa huella, al modo de un sello hueco. Lo importante no es eso, aquello de que trata, sino el modo en que el autor nos crea una atmósfera única, de múltiples significados, a pesar de su desnudez, o quizá por ello, para concluir, luego, y esto es lo más difícil, en una poética del vacío.

QUINTAESENCIA. En este sentido, el libro roza cierta sensibilidad zen, pero se mueve, finalmente, hacia otro lado, hacia la constitución de una metáfora sobre la creación literaria misma, hacia el significado último de la obra de arte. El pasaje donde Pavel, el amigo del desierto, contempla el paisaje desde la casita de Beni Abbés, y donde el paisaje siempre igual y siempre cambiante se traslada a unos dibujos que Pavel traza en el papel, llega a confundirse, en cierta manera, con el avance y proceso del libro mismo que uno está leyendo, el autor escribiendo y el narrador contando.

Pablo d'Ors ha trazado aquí una poética del camino del desierto físico y su correlato espiritual, algo que hunde sus raíces en una querencia del cristianismo primitivo, al modo en que en otras obras, por ejemplo, *Lecciones de ilusión*, se inclinaba más por trazar un camino múltiple, como es el caso de éste, pero lleno de cosas, acontecimientos, guiños fecundos, citas apasionadas, encuentros deleitosos, o las *Andanzas del impresor Zollinger*, donde ese camino que se recorre estaba inmerso en una atmósfera que recordaba cierta querencia romántica. Creo que esta novela quintaesencia las dos anteriores de su autor.

Con ello, no quiero decir que esta narración, en una espuria idea del progreso, represente un avance respecto a, pongamos por caso, *Lecciones de ilusión*, novela que, digo pensando, es una obra mayor de nuestra literatura actual, sino que esa dirección, la del camino, la de la iniciación en la mejor tradición del *Bildungsroman* alemán, ha tomado una nueva apariencia, un nuevo pretexto, una nueva resolución. Las bambalinas de *Lecciones de ilusión*, con el barroquismo del teatro, ha dado paso a la línea pura del desierto, a la duna cambiante y siempre la misma. Como en el océano, ese desierto del agua, siempre renovado y siempre él mismo. Es una cuestión de dejar hablar al viento, el autor lo sabe, y saber escucharlo. En esa atención está nuestra salvación que, en este caso, es quizá la salvación del artista, no sólo del hombre. ■